A TRAVÉS DE LA VENTANILLA

Me queda una jornada de trabajo para finalizar mis cuarenta años como operador de cabina en un cine y poder jubilarme. El próximo lunes cerrarán la sala para reconvertir la cabina de proyección en digital. Un aparato más pequeño que los proyectores con película de 35 mm., silencioso, más fácil de operar y más barato de mantener, manejado desde un ordenador donde lo puedes programar todo, acabará con más de un siglo de celuloide. El inevitable progreso tecnológico.

Mientras el antiguo proyector atraviesa con su luz los fotogramas que acaban dando forma a la imagen sobre la gran pantalla, repaso mentalmente tantos años metido en la cabina: mi etapa de ayudante con el señor Matas, sus valiosos consejos sobre cómo mejor ajustar la máquina, encuadrar y enfocar bien, tener cuidado con las lámparas y los posibles riesgos de incendio, sobre todo cuando antiguamente trabajábamos con película inflamable, que más de una sala de cine e incluso vidas se había llevado por delante.

Me acerco a una de las ventanillas de proyección desde donde se controla la sala: las luces, el foco, el sonido… Pero más allá de los aspectos técnicos, que siempre he atendido para poder ofrecer al público la mejor calidad de visionado, me vienen a la memoria muchas situaciones relacionadas con los espectadores.

La señora Anita, que siempre repetía sesión, sobre todo cuando se trataba de una historia americana de amor, historias edulcoradas más bien alejadas de la prosaica realidad. Cuando se quedaba a la

última sesión, en más de una ocasión, Ricardo, nuestro acomodador, le había llamado la atención por estar comiéndose un bocadillo de tortilla de patatas; la cebolla la delataba. “Qué quiere que haga si es la hora de cenar”, se justificaba ella. Y a Ricardo le empezaban a hacer ruido las tripas, contagiado por el olor de la tortilla y avanzada la noche. Al final, hacía la vista gorda.

Otro cliente singular de esta sala fue el señor Ibáñez, maniático de la nitidez de la imagen. “¡Ese foco!”, gritaba. Y servidor lo corregía. Era una situación bastante frecuente en mi trabajo que llevaba al público a lanzarme improperios pero que, cuando era al revés, cuando todo funcionaba bien –la mayoría de las veces-, a nadie le pasaba por la cabeza felicitarme. En el caso del señor Ibáñez, éste solía quejarse más de lo habitual, lo que lo llevó a consultar a un oftalmólogo quien le diagnosticó cataratas, causa de que no viera con suficiente nitidez las películas. ¡Podría habérselo mirado antes!

Los conflictivos eran los jóvenes de las sesiones del sábado noche, que ya entraban bastante “alegres” después de varias rondas de cerveza. Si en la película salía alguna chica Bond, empezaban a gritar y a silbar, y Ricardo les lanzaba haces de luz con la linterna, para intimidarlos, auxiliado por algún espectador que les hacía callar. A media sesión, solían dormirse vencidos por el alcohol y la bronca.

Otro clásico entre el respetable eran las parejitas que, durante los fines de semana, se adueñaban de las últimas filas, sobre todo las del anfiteatro, y se enroscaban, creyendo no ser vistos. Y así era, excepto

por el operador (odio lo de “proyeccionista”), amo y señor de la cabina pero también de la sala, una especie de Zeus quien, desde el Olimpo, observa las acciones de los humanos, en este caso cautivados por el poder hipnótico de las imágenes, de sus historias. Alguna pareja se propasaba y emitía algún gritito con la consiguiente risotada por parte del público. Y es que, en mi época, el cine no sólo servía para distraer la mente sino también el cuerpo, en una sociedad donde la policía de la moral censuraba ciertos comportamientos en público.

Los miércoles solían tener lugar las sesiones más ruidosas porque era el “día del espectador”, más barato, y legiones de jubilados se adueñaban de las primeras filas, dejando fuera de combate a otros espectadores más jóvenes que pretendían seguir la película con tranquilidad, rota en algunos momentos por los cuchicheos y comentarios de algunos seniors, que imponían su voz en off en la sala, distrayendo al personal. Yo lo observaba y era como una película dentro de otra película. El público jubilado vivía en su propia carne las historias que se contaban, se emocionaba, se identificaba con algunos personajes, recordaba momentos de su propia juventud…

En las salas de cierta época había la fila “de las autoridades”, butacas asignadas gratuitamente a las autoridades políticas o policiales, pero también a críticos cinematográficos. Un cordón impedía entrar en la fila. Recuerdo a Navarro, un comisario de la zona que colaba a sus hijos. Cuando el público lo veía, empezaba a

carraspear a modo de censura. Navarro los miraba de forma despreciativa y amenazadora, pero tanto le daba; formaba parte de su ADN profesional.

Las sesiones matinales de los domingos eran para las familias con hijos. Películas de dibujos animados americanas que se iban reestrenando en cada nueva generación. Títulos que hacían reír o llorar a centenares de niños a lo largo de décadas. Padres que los habían visto en esta misma sala en su infancia y que ahora volvían con los suyos para recordar. Una especie de herencia cultural generacional sin fin.

Falta poco para que termine la sesión, la última. Mis ojos se humedecen. Los proyectores dejarán de funcionar para siempre, con las lámparas aún calientes. Con suerte, acabarán en algún museo de la Técnica o de nuevo funcionando en el cine de alguna pequeña ciudad de un país en desarrollo. Las bobinas quedarán almacenadas en el rincón de un algún almacén perdido; quizás algún día acaben en las manos de un coleccionista nostálgico del celuloide.

Ricardo, el acomodador, Paquita, la taquillera, el señor Fuentes, el gerente, y el futuro operador, se tendrán que reinventar, ante los nuevos retos tecnológicos. Nunca más se iluminará el telón rojo mientras se va abriendo y suena la banda sonora.

Xavier Ripoll